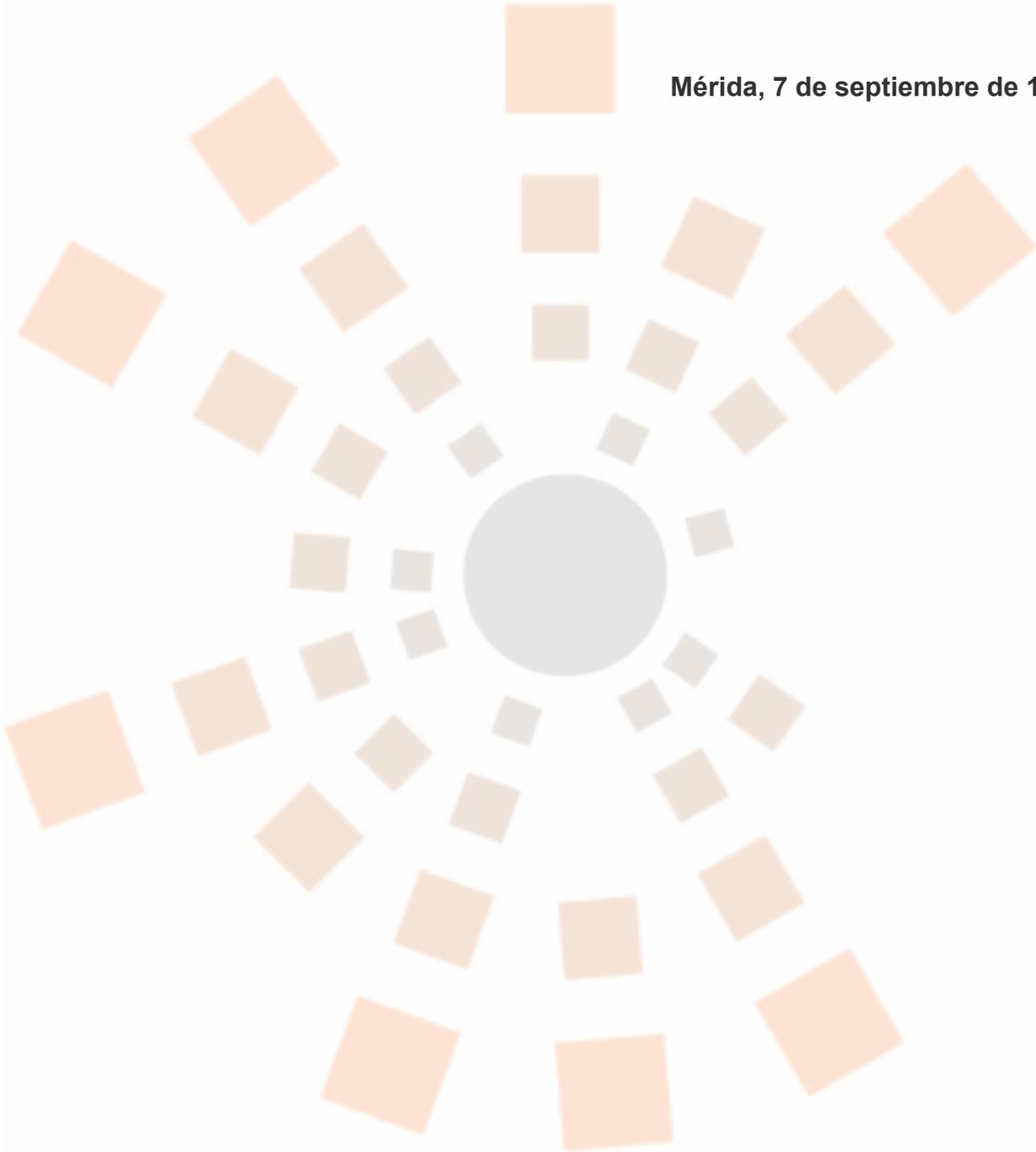


**DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR.  
PRESIDENTE CON MOTIVO DEL “DÍA DE EXTREMADURA”**

Mérida, 7 de septiembre de 1995



## **DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DEL “DÍA DE EXTREMADURA”**

**Mérida, 7 de septiembre de 1995**

Excmos. e Ilmos. Sres., Sras., y Sres.:

Guerras y enfermedades han sido dos de los azotes que han asolado a la humanidad durante toda su historia y contra ellas, con grandes esfuerzos humanos, con sacrificios e incomprensiones siempre han existido pacificadores e investigadores que han puesto todo el esfuerzo, han dado incluso su vida para salvar otras vidas. He ahí el ejemplo del que hemos de aprender; este es el significado que debe encerrar para todos nosotros la entrega de las Medallas de Extremadura en este año de 1995, en el que queremos homenajear ese esfuerzo y sacrificio, en muchas ocasiones anónimo, que se gesta en el espíritu de muchos ciudadanos cuando convierten su profesión en un servicio permanente a la sociedad, no para convertirse en héroes, no para obtener triunfos sobre los demás, no para obtener beneficios y riquezas, sino, simplemente, porque aman la vida y a la humanidad, sean quienes sean a quienes deban defender de la muerte, la enfermedad, la barbarie o el sufrimiento.

Por eso quiero felicitar muy sinceramente a los galardonados con la Medalla y, aunque los Decretos que acabamos de escuchar son ya suficientemente expresivos, reiterar personalmente el agradecimiento de la sociedad extremeña por la labor que se premia. Las Fuerzas Armadas no siempre han sido bien entendidas por la sociedad civil; una larga historia de injerencias en el poder político avalaban esa tradicional suspicacia; por otra parte, muchos de los valores puramente castrenses no se compadecían fácilmente con las actitudes de una nueva sociedad española. Ha hecho falta una participación directa de nuestros soldados en tareas humanitarias en la guerra de los Balcanes para que los españoles nos diéramos cuenta de que contábamos con unos hombres y mujeres ejemplares, con un alto grado de preparación profesional y una entrega fuera de toda duda. Una guerra fuera de nuestras fronteras, un terrible drama que sigue golpeando nuestras conciencias de europeos satisfechos, nos ha reconciliado íntimamente con nuestro ejército. También Extremadura quiere sumarse hoy a este justo homenaje que reciben nuestros soldados, deseando de todo corazón que la resolución del conflicto permita una vuelta a casa con la conciencia tranquila del trabajo bien hecho.

La entrega de la Medalla de Extremadura a la Agrupación Táctica "Extremadura" es la voz de los extremeños que reclamamos la paz para la antigua Yugoslavia; es la voz de la solidaridad de tantos y tantos extremeños que han acogido a niños y familias bosnias; es la voz de los que han fletado camiones

de medicamentos y alimentos; es la voz de los que se han organizado en Asociaciones de ayuda al pueblo exyugoslavo; es la voz de los ciudadanos extremeños que con sus donativos, con sus manifestaciones, con sus gestos han clamado Paz para la ex-Yugoslavia, paz para los niños, mujeres y ancianos, paz para las familias, paz entre las etnias distintas. Esa voz unánime de los extremeños gritando ¡basta!, es la que otorga la Medalla de Extremadura a la Agrupación Táctica, a todos los soldados presentes y ausentes que supieron representarnos con dignidad.

No es la primera vez que premiamos a un extremeño de adopción. Siendo una tierra que ha proporcionado tantos trabajadores a otros lugares, sabemos apreciar el arraigo de las personas que vinieron, vieron y, quedándose, convencieron. El trabajo del Profesor Usón y el resto de excelentes profesionales que han puesto en pie el Centro de Cirugía de Mínima Invasión merecía el aplauso de nuestra sociedad, puesto que el de otros ámbitos foráneos especializados ya lo tenía. Especializarse es sin duda el camino del éxito y del desarrollo; pretender ser los primeros en todo no es sino una pretenciosa forma de quedarse casi siempre a medio camino; por eso, debemos fijar nuestros objetivos de forma cuidadosa, sin echarle pulsos imprudentes a sociedades que nos llevan ventaja en uno u otro campo. Por el contrario, planificar la entrada en un sector poco explorado de la actividad empresarial, académica, agrícola o profesional es siempre un aval y una posibilidad de estar en la vanguardia de ese campo; una apuesta por convertirse en referencia para ese área del conocimiento, de la investigación, de la creación, de la economía. Por eso, no tendremos la mejor colección de Picassos de las que hay en España, pero si alguien quiere ver arte contemporáneo portugués o iberoamericano, deberá venir a Badajoz y a Cáceres. Por eso, no surtiremos de cemento a otras regiones, pero sí tendrán que fabricarse aquí productos de corcho con las más avanzadas tecnologías. Por eso, al Jerte tendrán que venir las empresas que quieran conocer el procedimiento para la destilación natural de alcoholes de fruta y su comercialización. Y por eso, por el centro de cirugía de mínima invasión habrán de pasar en el futuro los médicos y veterinarios que quieran ser verdaderos especialistas prácticos en la materia. Esa condición de pionero es la que pretendemos modestamente premiar en nombre de la región.

Pioneros, entusiastas, leales y comprometidos con Extremadura; esas son las notas distintivas que deben marcar nuestra andadura regional. Esta es una tierra lo suficientemente grande en extensión y lo atractivamente pequeña en población como para que nadie se ahogue en la pequeñez ni desaparezca en el anonimato.

Mientras en las grandes urbes, un ciudadano puede quedar en el anonimato desde que nace hasta que se muere, en nuestra sociedad extremeña, basta un par de años para descubrir el esfuerzo, el trabajo y la inteligencia de quienes, de verdad, sin complejos y sin temores, apuestan por Extremadura. De igual forma, ese bienio es suficiente para desenmascarar al haragán, al tramposo y al embaucador.

Me resulta muy delicado realizar el Discurso Institucional del Día de Extremadura, porque siempre surgen aficionados a buscar tres pies al gato a frases y palabras que lejos de la autocomplacencia o el incienso, intentan animar a una sociedad que solo necesita desprenderse de lastres, complejos y excusas

para contemplar un horizonte limpio y despejado. Me gustaría que desterráramos, de una vez por todas, el complejo de inferioridad o de persecución con el que escondemos nuestras incapacidades, nuestras incompetencias o nuestras holganzas.

Este pueblo tiene que tener la seguridad de que no existe una conspiración para hacernos la vida imposible o para impedirnos avanzar. No podemos seguir por más tiempo echándole la culpa de nuestros males o de nuestras inconformidades a todo lo que se mueve. Esa es una actitud propia de niños malcriados o de adolescentes inmaduros, pero no de pueblo adulto y seguro de sus posibilidades.

Cuando se va el agua en un pueblo o en una ciudad no es consecuencia de una conspiración para dejarnos secos; simplemente se ha roto una cañería.

Cuando un equipo de fútbol asciende de categoría no es consecuencia de contubernios para perjudicar a otros; simplemente entró más veces la pelota en la portería contraria. Cuando se suprime una línea férrea o un servicio público no es consecuencia de la inquina de un gobernante contra unos ciudadanos a los que ni siquiera conoce; simplemente no se utiliza ese servicio.

Cuando dentro de diez o quince años miremos nuestra reciente historia nos daremos cuenta de que esas y muchas más anécdotas son sólo anécdotas que para nada influirán en el devenir de nuestra región. Echar la culpa a los demás de nuestros problemas no conduce más que a la melancolía y a la caza de brujas.

Tras doce años de Presidente, estoy en condiciones de afirmar que no existen complots organizados para hacernos la vida difícil; que ni a niveles nacionales, regionales o provinciales existe la conspiración.

De igual forma que creo firmemente en esto que digo, estoy también convencido, de que nadie va a venir a solucionar los problemas que solo a nosotros nos competen. Durante siglos, los extremeños hemos creído o en la teoría de la conspiración o en la teoría de la liberación externa; y ninguna de las dos son ciertas. Bien es cierto, que como consecuencia de nuestra debilidad económica, financiera y política pasada, se cometieron atropellos que en las circunstancias actuales no hubiéramos permitido; pero no es menos cierto que esos atropellos contaron con el silencio ominoso de quienes en otros tiempos, por ignorancia o por desidia, estaban obligados a levantar la voz.

Esos tiempos ya han pasado; hoy, la Autonomía nos otorga el derecho de decidir nuestro futuro; hoy tenemos instrumentos para rechazar lo que nos perjudique gravemente; no utilizar esos instrumentos o seguir manteniendo la misma actitud que cuando estábamos huérfanos de cualquier mecanismo de defensa o de progreso es una actitud que ni comparto ni admito.

La consecución de la democracia política, en primer lugar, y la existencia y correcto funcionamiento de las instituciones de autogobierno, en segundo, marcan el inicio de esa nueva era en la que los protagonistas de nuestro presente no son herederos de esa clase influyente del pasado, sino hombres y mujeres hechos a sí mismos en un clima social y político que invitaba, e invita, a la aventura del desarrollo personal y también del colectivo.

Para ello han sido necesarios procesos sociales a veces lentos y difíciles de detectar. Los descendientes de las antiguas élites terratenientes que con sus decisiones o silencios influían en la vida del extremeño, hoy son profesionales urbanos a los que no se les pasa por la cabeza mantener un sistema de relaciones sociales casi feudal. Y por si a alguno se le ocurriera, ya los poderes públicos, la educación democrática y el arraigado sentimiento de la libertad personal y orgullo de los hombres y mujeres extremeños, se lo impediría.

De otra parte, ese determinismo socioeconómico que empujaba a una persona a perpetuarse sin salir de su situación de origen, se ha roto estrepitosamente y afortunadamente en el otro extremeño de la escala social. Y los hijos y nietos de los medieros de La Vera, o de los pequeños comerciantes de Badajoz, o de los obreros de La Corchera de Mérida, o de los funcionarios de Cáceres, comparten las aulas del Instituto, de la Universidad con los hijos y nietos de los propietarios y los gerentes de aquellas tierras o empresas. Hoy, en la misma familia conviven el padre jubilado de sus faenas agrícolas, el hijo que se quedó con la pequeña explotación familiar, la hermana profesional de éxito en una ciudad mediana, el hermano funcionario o pequeño empresario, y el más pequeño, recién licenciado universitario, buscando trabajo y objetor o insumiso.

No quiero decir con esto que hayamos conseguido, de modo pleno, la existencia de una total igualdad de oportunidades, pero sí que esa es la tendencia esencial de fondo de nuestra sociedad extremeña y que, por el momento, no sólo parece una dirección difícil de torcer, sino que, además, ofrece unas posibilidades para nuestra región que tenemos la obligación de aprovechar. Por eso, me produce preocupación e indignación, el desparpajo con el que algunos siembran el pesimismo permanente en nuestra tierra; más indignación me produce cuando ese pesimismo lo siembran quienes "entusiásticamente" asistieron pasivos o cómplices al expolio humano más importante que sufrió esta tierra durante el pasado régimen.

Estamos en el Teatro Romano de Mérida; no está de más recordar aquí alguna tragedia, que como la de Edipo, se ha representado en estas piedras. No hace falta explicar, por suficientemente conocido, que un pastor encontró a Edipo abandonado cuando era un niño de pecho; se lo llevó a su rey éste lo educó. Cuando Edipo era ya adolescente, se cruzó en un camino con una carroza en la que iba un dignatario desconocido. Como consecuencia de una disputa, Edipo mató al dignatario. Más tarde se convirtió en el esposo de la reina Yocasta y en señor de Tebas. No sospechaba que el hombre a quien había matado era su padre, y que la mujer con la que dormía era su madre. Cuando Edipo se dio cuenta de lo que había hecho, se hirió los ojos con dos broches y, ciego, abandonó Tebas.

Es posible que algunos de los que hoy siembran de pesimismo nuestros anhelos y culpan a todo lo que se mueve, de nuestros problemas, en épocas anteriores, al igual que Edipo no fueron conscientes de que dormían con su propia madre y que habían matado a su propio padre. Edipo cuando comprendió lo que había hecho, de una forma inconsciente, no se sintió inocente.

Yo no pido desde esta tribuna que nadie se saque los ojos o que abandone Tebas por haber colaborado consciente o inconscientemente a la desgracia de un

pueblo; pero sí pido que no se siembre más cizaña ni se fomente el pesimismo entre quienes deseamos, con todas nuestras fuerzas, paz, progreso y felicidad.

Un pueblo no se define frente a los demás ni por las variables macroeconómicas, ni por su RH, ni por su lengua, ni por el color de la piel. Un pueblo es diferente de los demás, cuando es capaz de fijar objetivos que satisfacen sus aspiraciones, que justifican su existencia, que enaltece sus miras como seres humanos. Un pueblo, en definitiva se define como colectivo, cuando, independientemente de las diferencias individuales de sus miembros, realiza acciones en conjunto y destinadas a lograr un fin bueno para todos.

¿Tenemos los extremeños esa condición? Hasta ahora no se puede afirmar rotundamente que hayamos sido capaces de hacer muchas cosas nobles conjuntamente. Contaminar ríos, rivalizar aldeanamente unos contra otros, destrozarnos nuestro patrimonio histórico-artístico, han sido algunas de las hazañas colectivas que hemos realizado. ¿Por qué no nos paramos unos momentos a pensar y asumimos todos la responsabilidad de marcarnos objetivos colectivos que podamos alcanzar y que nos llenen de felicidad?.

¿Por qué no nos empeñamos en ser la región donde la tolerancia con las ideas de los demás sea algo absolutamente natural por muy diferentes que esas ideas políticas, religiosas, sociales sean? Cada vecino nuestro es un ser humano, independientemente de la forma de pensar política, religiosa o social que tenga. Rechacemos contundentemente las agresiones físicas o verbales que esporádicamente aparecen en las crónicas de sucesos o políticas, entre ciudadanos que piensan de distinta forma.

Rechacemos las agresiones de quienes siguen considerando a la mujer como un ser inferior y vulnerable física o psicológicamente.

Rechacemos las agresiones de quienes consideran a los menores de edad negocio rápido de fin de semana. Pido la comprensión y el apoyo de toda la sociedad para combatir enérgicamente a quienes intoxican a nuestros hijos en nombre de una malentendida libertad de mercado. Y sobre todo, lo que solicito es el pronunciamiento público de padres y jóvenes para que nos hagan llegar a gobernantes y educadores sus opiniones al respecto. ¿En qué podemos ayudarles ante esa problemática? ¿Cómo piensan que debemos actuar para garantizar la libertad y la salud de nuestros jóvenes?.

Rechacemos las actitudes xenófobas y racistas de quienes ignoran la historia más reciente de nuestra región. El mayor disparate que se puede cometer, en nombre del sistema autonómico español, es sentirse desligado de la suerte de cualquier otro ciudadano español por el hecho de que no pertenece a nuestra autonomía. Cerrar las fronteras regionales no es sinónimo de nacionalismo, sino de estupidez. Se empieza rechazando a un Obispo y se termina destruyendo la convivencia.

Y no digamos nada si esa xenofobia se produce contra ciudadanos que, viviendo en nuestra propia comunidad, han nacido o desarrollan su actividad en pueblos o ciudades distintas a los nuestros. Cuando se culpa de nuestros errores o fracasos al pueblo o ciudad de al lado, estamos propiciando la caza de brujas que tan nefastos precedentes ha tenido en la historia de nuestra región.

Así pues, ya tenemos cuatro grandes objetivos en los que podemos ser los primeros si nos lo proponemos: Tolerancia con las ideas de los demás; no discriminación sexista; defensa de nuestros jóvenes y rechazo a la xenofobia y al racismo. La legislación contribuye a que esos objetivos se vayan consolidando pero hace falta más; es necesario el pronunciamiento positivo de la sociedad. ¿Sería mucho pedir, y sin que sirva de precedente, que todos los grupos políticos se manifestaran a favor de estos objetivos y uniéramos nuestras fuerzas y nuestras voces para que sean sentidos y vividos por todos los extremeños?.

